

CAPITULO CXLIX.

Situación de España en América.—Reclamaciones de Inglaterra.—Conducta del Gobierno español.—Fallecimiento de Luis XV.

VEAMOS entre tanto qué había sucedido en nuestras colonias de América, especialmente en la Luisiana, cedida por Francia en 1763.

Al fin se presentó D. Antonio de Ulloa en Nueva-Orleans para encargarse del gobierno de la colonia; pero no fué admitido, porque los naturales llevaban muy á mal pasar bajo el dominio del Gobierno español.

La corte de Madrid para castigarlos prohibió que se les admitiese en los mercados de las colonias de España, donde ántes vendían la mayor parte de sus productos, lo que aumentó la aversión de los Luisianos.

Al fin, una expedición con cinco mil hombres de desembarco salió de la Habana, mandada por el general Orreille, llegó á la entrada del Mississippi, y después de muchas contestaciones, vencida la aversión por la fuerza, se entregó á España la colonia.

La severidad impolítica de Orreille fué perniciosa á los intereses del Gobierno.

Perecieron en el cadalso seis jefes de la colonia y otros fueron enviados á las cárceles de la Habana.

El terror produjo la emigración de la clase acomodada, como era consiguiente; la producción cesó, quedando la colonia desierta, y España sacó muy poca ó ninguna utilidad de su adquisición.

Choiseul, ministro de Luis XV, deseoso de sacar á Francia del estado de abatimiento y humillación en que la había dejado la última guerra, después de haber creado una nueva marina y reorganizado el ejército, coligado con Grimaldi, ministro de Carlos III, buscaba la oportunidad de renovar las hostilidades con Inglaterra, y para este objeto envió en 1764 una colonia á las islas de Falkland, en las cuales deseaban establecerse los ingleses desde el reinado de Fernando VI.

Inglaterra envió á las mismas islas en 1766 otra colonia, que construyó y fortificó un pueblo, al cual dió el nombre de Puerto-Egmont.

España se quejó inmediatamente á Francia de que hubiese ocupado un territorio que no le pertenecía, según podía justificar, y como que precisamente Choiseul no deseaba otra cosa, dió orden de que se entregase la colonia á los españoles, y el virey de Buenos-Aires envió con algunas tropas á D. Francisco Bucareli, para que tomase posesión de Puerto-Luis, construido por los franceses. Acaso los ingleses hubieran hecho lo mismo, atendida la esterilidad de aquellas islas; pero no se adoptaron con ellos las medidas pacíficas y conciliadoras que con Francia, porque se quería la guerra.

Se intimó la rendición de Puerto-Egmont, y su comandante no cedió; entonces un buque español se acercó á reconocer la plaza y se vió obligado á retirarse.

Una expedición española de mil seiscientos hombres enviada de Buenos-Aires se presentó en el puerto, pidió y obtuvo el permiso de entrar en él á hacer aguada, y después de inútiles negociaciones se dispararon algunos cañonazos, y Egmont se rindió por capitulación. Choiseul y Grimaldi creyeron que este insulto obligaría al Gabinete inglés á declarar la guerra; pero no sucedió así.

El Gobierno de la Gran Bretaña, discorde entonces con sus colonias de Norte-América, tenía interés en conservar la paz, y entabló con España una negociación amistosa dirigida á pedir una satisfacción que acallase los clamores del pueblo inglés en defensa de su dignidad ofendida.

Entre tanto se mejoraba con suma rapidez el estado interior de España iniciado ya, como hemos tenido ocasión de ver, desde el comienzo del reinado de Carlos III, poderosamente ayudado por el conde de Aranda, y Campománés y Moñino, fiscales del Consejo, y otros no ménos célebres.

Se aumentó el ejército, introduciendo en él la táctica prusiana que entonces se tenía por la mejor y más conveniente de Europa, y la marina se puso bajo un pié respetable; colegios, cátedras de matemáticas y escuelas de bellas artes se erigieron como por encantamiento en todas las capitales.

Entre las empresas útiles y gloriosas llevadas á cabo, merecieron lugar distinguido las colonias de Sierra Morena, debidas á D. Pablo de Olavide, asistente de Sevilla y protegido del conde de Aranda.

Al año siguiente de 1770 se restablecieron los estudios de San Isidro de Madrid, cerrados desde la expulsión de los jesuitas, ampliando la enseñanza de las ciencias exactas y física y las de las lenguas sabias. Restablecieronse también las Juntas de Estado, olvidadas mucho tiempo hacía, á las cuales concurrieron, no sólo los ministros, sino también el presidente y los fiscales del Consejo de Castilla, lo que introdujo la uniformidad que faltaba ántes en el manejo y expedición de los negocios públicos.

Entre tanto la desavenencia con Inglaterra, respecto á los sucesos de las islas de Falkland, era cada día más hostil por los amagos de Choiseul y Grimaldi.

El ministro inglés en España, según las instrucciones de su Gobierno, pasó á nuestro notas enérgicas y poco mesuradas.

Grimaldi creyó oportuna esta ocasión para pedir á Francia los socorros estipulados en el Pacto de familia; pero Luis XV, ya anciano y entregado cada vez más á sus torpes placeres, no gustaba de arrostrar los cuidados de una nueva guerra.

La condesa Dubarry, su última manceba, aborrecía á Choiseul porque era más codicioso de dinero que el ministro amigo de dársele, y ganada quizás por el oro inglés, hizo que Choiseul, no sólo fuese destituido, sino también desterrado del reino.

En esta ocasión dijo Luis XV á Carlos III en una carta que le escribió dándole noticia de la caída del duque: *Mi ministro quería la guerra: yo no la quiero*; como si pudiera desentenderse de las obligaciones contraídas al firmar el Pacto de familia.

España, privada del auxilio de Francia, se convino con Inglaterra, entregándole á Puerto-Egmont, que los ingleses abandonaron poco después.

La primera satisfizo también al Gabinete de Madrid enviando á esta corte por embajador á lord Grantham, porque España se había quejado de que el Gobierno británico no tenía cerca de ella un ministro de clase elevada.

En esta época se verificó el repartimiento de Polonia, iniquidad que llenó de indignación á Carlos III, pero que nada podía hacer sin estar eficazmente ayudada por Inglaterra y Francia.

La primera no temía entonces el engrandecimiento de Rusia ni su aproximación al centro de la Europa civilizada; y su rivalidad contra los franceses era entonces el norte exclusivo de su política; y en cuanto á Francia, ¿quién era capaz de mover á Luis XV á una acción grande y generosa ni á los peligros de una guerra europea?

El emperador de Marruecos, que había concluido recientemente un tratado de paz con España, siendo plenipotenciario de Carlos III el célebre D. Jorge Juan, le rompió este año creyendo fácil la conquista de las plazas que poseían los españoles en las costas de su imperio.

Acometió á Melilla con un cuerpo que al principio sólo era de cinco á seis mil hombres, pero que pronto se aumentó hasta treinta mil, con un gran tren de artillería.

Reconocióse en sus ataques más pericia militar que la que acostumbra á tener los moros, lo que se atribuyó al Gabinete inglés, que suscitaba esta guerra al rey de España y enviaba al ejército marroquí oficiales británicos para dirigir las operaciones del sitio, con el objeto de impedir al Gobierno español enviar socorros á las colonias inglesas de América, las cuales reunieron este mismo año su primer congreso, y se dispusieron á resistir con energía las pretensiones del Gobierno y Parlamento británico, que quería imponerles arbitrariamente contribuciones.

D. Juan Sherlok, comandante de Melilla, la defendió con sumo valor, rechazó todos los asaltos y obligó á los bárbaros á levantar el sitio.

Igual éxito tuvo el que pusieron casi al mismo tiempo al Peñon de Vélez, donde mandaba D. Florencio Moreno.

Después de cuatro meses, en que no cesaron de arrojar balas á las dos plazas, se retiraron con pérdida de ocho mil hombres y algunos cañones.

Este año falleció Luis XV, rey de Francia, dejando á su nieto y sucesor Luis XVI un trono carcomido y desacreditado, ya por los vicios personales del abuelo, ya por la ignominia de la guerra de los siete años, que, dirigida por las mancebas y los favoritos, había arruinado la marina francesa, enajenado sus mejores colonias y comprometido el antiguo honor de sus ejércitos de tierra.

Escarmentados los marroquíes con las pérdidas sufridas con el bloqueo de sus puertos por las escuadras españolas, y con la ruina de su comercio, temerosos además de un desembarco que se preparaba contra sus costas, hicieron proposiciones de paz, y como ambas naciones la deseaban, se concluyó fácilmente.

España quería vengarse de los argelinos que, á pesar del valor y actividad de Barceló, infestaban las costas de la Península; y formó el proyecto de conquistar á Argel, capital y madriguera de aquellos corsarios, favorecidos secretamente por algunas potencias europeas que temían para su comercio un golpe mortal, si los españoles se apoderaban de aquel puerto.

Reunióse en Cartagena una escuadra de ocho navíos de línea, ocho fragatas, veinte y cuatro jabeques y algunas galeotas bombarderas con otras naves auxiliares de Malta, Toscana y Nápoles, y un gran número de transportes, que componían entre todos cuatrocientas velas.

Las tropas de tierra ascendían á veinte y dos mil hombres de todas armas, mandadas por el general Orreille.

El mando de la armada se confió á D. Pedro Castejon.

La escuadra salió de Cartagena y se presentó delante de Argel el 1.º de julio.

La necesidad de disponer los buques para el desembarco, de modo que se hiciese con orden y sin peligro, retardó seis días esta operación, y hasta el 7 de julio no saltó en tierra la primera división compuesta de ocho mil hombres.

Apénas desembarcaron entre el río Arraz y la ciudad, cuando engañados por una retirada falsa de los moros, avanzaron hacia Argel, animándolos el comandante de la vanguardia, que era un oficial llamado Navarro, con estos gritos: *A ellos, hijos; viva la fe de Cristo*.



EL CONDE DE FLORIDABLANCA

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CL.

Caida del ministro Grimaldi.—Le sucede el conde de Floridablanca.—Prosiguen las operaciones en América con vario suceso.

TERRIBLE fué el desastre sufrido por la expedición española en África, pues el ardor de la primera división la puso en un conflicto, obligando á los generales á distraer todas las fuerzas para proteger la retirada, que se verificó dejando en el campo más de mil quinientos cadáveres y llevándose sobre tres mil heridos.

Fracasada esta empresa, todo el mal éxito de ella se atribuyó á Grimaldi y á los generales Orreille y Castejon.

Entre tanto Moñino, fiscal del Consejo y embajador en la corte de Roma, condecorado ya con el título de conde de Floridablanca, contribuyó en gran manera en la elección del papa Pío VI, en el Cónclave celebrado despues de la muerte de Clemente XIV.

Las relaciones de España con Inglaterra eran siempre muy poco amistosas, y si no degeneraron entónces en una guerra fué porque el Gabinete británico necesitaba de todas sus fuerzas contra las colonias del Norte-América, que se declararon independientes en el año 1776.

Tampoco estaba contenta la corte de España con la de Lisboa.

Su desavenencia tenía una causa muy antigua, y era la falta de haberse demarcado bien los límites entre el Paraguay y el Brasil.

El gobernador español de Buenos-Aires ocupó el territorio que reclamaban los portugueses hasta el Río Grande de San Pedro, y aún atacó algunas colonias de aquella nación.

Carvalho, ministro de Portugal, excitado por el Gabinete inglés, que quería tener á los españoles entretenidos en otras partes, envió una escuadra con tropas de desembarco y mucha artillería, la cual ocupó, en el río de la Plata, á Montevideo y los fuertes de Santa Tecla y Santa Teresa.

Al saberse esto en Europa, salió de Cádiz una escuadra de seis navios de línea y muchas fragatas á las órdenes del conde de Casa-Tilly, con un cuerpo expedicionario de diez á doce mil hombres, mandado por D. Pedro Cevallos, y se dirigió á la isla de Santa Catalina, cercana á la costa del Brasil.

Los buques portugueses que la defendían huyeron, y la isla y los fuertes se entregaron, quedando las guarniciones prisioneras de guerra.

Despues pasó la escuadra al río de la Plata, rindió la colonia del Sacramento, la isla adyacente de San Gabriel, y ocuparon los españoles las demas posesiones portuguesas hasta el Río Grande.

Por esta época tuvo Carlos III algunos disgustos domésticos producidos por su hermano D. Luis, á quien se había destinado al estado eclesiástico y para el cual no se sintió con vocación cuando tuvo edad para ello.

Había pedido al Rey su hermano permiso para casarse, pero Carlos, que desconfiaba de que fuese válida la sucesion de su hijo á la corona por no haber éste nacido en España, segun prevenia la Pragmática de Felipe V, fué eludiendo el dársele, pues la descendencia de su hermano estaria entónces en mejores condiciones que la suya.

Mas al fin, apremiado por el Infante, encontró Carlos el expediente á propósito para complacer á su hermano y evitar los peligros que recelaba contra la sucesion de su hijo.

En 23 de marzo de 1776 publicó una Pragmática, en la cual, entre otras cosas, se establecia que los infantes y grandes de España que casasen con personas desiguales, aún con aprobacion real, no pudiesen comunicar á su consorte sus honores, títulos y prerogativas: ni los hijos de dichos matrimonios suceder en las dignidades, honores, sustituciones ó bienes *dimanados de la Corona*, ni usar las armas de la casa cuya sucesion se les prohibe.

Hecho esto, dió el Rey á su hermano permiso para casarse, avisándole que, no permitiendo las circunstancias actuales casarle con una princesa igual á él, buscarse consorte entre las familias nobles del reino, con la cual viviria en un punto distinto de Madrid y de los Sitios reales, quedando su esposa y sus hijos sometidos á los efectos de la nueva Pragmática.

El Infante fijó su eleccion en D.^a María Teresa de Vallabriga y Rozas, de una familia ilustre de Aragon, y enlazada con las casas de Veraguas y de Berwick: señora digna, por sus virtudes, instruccion y hermosura, de emparentar con la familia real.

De una manera tan solapada se hizo la tercera infraccion á la ley de Felipe V de 1713: pues es claro que Carlos III no tenía derecho de excluir una rama entera de la sucesion á la corona sin auencia ni consentimiento de las Cortes.

Entre tanto Grimaldi, que hacía muchos años deseaba salir del ministerio, en el cual era mal visto como extranjero, aborrecido del conde de Aranda, hombre violento y obstinado, como un obstáculo á su ambicion, viendo extenderse este odio, no sólo á la numerosa clientela del Conde, sino tambien á toda la nacion, que le atribuía los desastres de la expedición de Argel, y, en fin, oprimido por la entrada en el ministerio del conde de Riá, pariente y amigo del de Aranda, consiguió al fin de Carlos III, que le amaba y para quien era un tormento mudar de ministro, que le exonerase de su cargo.

Peró el Rey tenía el carácter entero y decidido de Aranda, y no queriendo recibir un ministro de su mano, mandó á Grimaldi que se lo eligiese.

Grimaldi nombró á Floridablanca; pasó de embajador á Roma, y aquél tomó en sus manos vigorosas las riendas del Estado.

Los amigos de Aranda, que formaban lo que se llamaba entónces *el partido aragones*, llevaron muy á mal su nombramiento: pero bien pronto enmudecieron, pues la primera operacion de su gobierno fué tan gloriosa para él como útil á la monarquía.

José I, rey de Portugal, estaba próximo á la muerte. Su ministro Carvalho, adicto siempre á la causa de Inglaterra y enemigo de los Borbones, era detestado cordialmente de la reina María Victoria, que amaba mucho á su hermano Carlos III.

Temiendo Carvalho que si el rey José llegaba á faltar y reinaba despues de él su hija María (porque no tenía sucesion varonil), la influencia de la Reina madre le impediría conservar su poder, y para evitar este golpe trató de persuadir al Rey que alterase la ley de sucesion.

Su misma precaucion le perdió.

Supo la Reina de lo que se trataba, advirtió á su hija que no firmase la renuncia que su padre le iba á presentar, y Carlos III, avisado por su hermana, declaró al Gabinete de Lisboa que no consentiria el despojo de su sobrina.

José I falleció; sucedióle sin obstáculo su hija, y Carvalho se retiró de la escena política.

Floridablanca se aprovechó de circunstancias tan favorables, no sólo para transigir las desavenencias que había entre las dos naciones, sino para cimentar sobre firmes bases una amistad perpetua entre las casas de Borbon y Braganza.

María I casó con su tío el infante D. Pedro, hermano de su padre. Celebróse el 1.^o de octubre en San Ildefonso un tratado de límites, por el cual renunció Portugal á la colonia del Sacramento y á la navegacion del río de la Plata, del Paraguay y del Panamá hasta la confluencia del Uruguay con el Peperiguazu, recibiendo en cambio un terreno, inútil para los españoles, cerca del lago Grande, y otra parte mal conocida del país de las Amazonas.

Al año siguiente de 1778 vino á Madrid la reina viuda de Portugal á ver á su hermano, y el 24 de marzo se celebró en el Pardo un nuevo tratado en que se confirmó el de San Ildefonso; se renovaron los antiguos tratados de amistad hechos en tiempo de Carlos V y Felipe II; se aseguraron recíprocamente los estados de ambas potencias; se mandó formar una nueva tarifa de Aduanas, y Portugal cedió á España las islas de Annobon y de Fernando Pó, en la costa de Africa, para facilitar á los españoles el tráfico de negros necesarios á sus colonias de América.

El comercio de Buenos-Aires aumentó rápidamente, destruido el contrabando que hacían los ingleses por medio de los establecimientos de Portugal en el río de la Plata; y las exportaciones anuales, que ántes eran sólo de dos millones de duros, pasaron de cinco. Pero la principal utilidad del tratado del Pardo fué haber neutralizado á Portugal en el caso, que se preveía próximo, de un rompimiento con la Gran Bretaña.

En efecto, ya Francia había celebrado un tratado con los Estados Unidos de América, y estaba en guerra con los ingleses. Carlos III ofreció su mediacion, que fué admitida; pero al mismo tiempo hizo grandes preparativos marítimos, que no pudiendo creerse dirigidos contra Francia, infundieron grandes recelos al Gabinete británico.

El Gobierno español vacilaba entre el deseo de humillar á los enemigos de su comercio, y el temor de que la sublevacion de las colonias inglesas fuese un ejemplo peligroso para las suyas.

Este año se dió el famoso decreto del comercio libre de América, restringido desde su descubrimiento al puerto de Sevilla, despues al de Cádiz, ampliado desde 1764 con algunas restricciones á la Coruña, despues á Barcelona, Sevilla Cartagena, Alicante, Santander, Gijon, más adelante á otros cinco puertos, y últimamente en este año á todos los de la Península y Canarias, excepto á las Provincias Vascongadas, miradas como extranjeras en cuanto al régimen económico á causa de sus fueros.

Este decreto contribuyó en gran manera á la prosperidad tanto de las colonias como de la metrópoli, pues las importaciones en América se aumentaron el cuádruplo, y los retornos ascendieron á once veces más de lo que eran ántes.

Francia exigía por primera condicion para la paz con Inglaterra el reconocimiento de la república norteamericana.

España propuso una tregua de veinticinco años, durante la cual pudieran arreglarse todos los puntos que se controvertían.

Los ingleses dijeron que eso sería dar la independencia de hecho á sus rebeldes, y entónces Carlos III retiró su mediacion y declaró la guerra, fundándose en los agravios que los españoles habían sufrido de la Gran Bretaña desde el principio del siglo.

Floridablanca, que tenía gran influencia en todos los gabinetes extranjeros, contribuyó en gran manera á que se conservase la paz en el imperio germánico, amenazado por la cuestion sobre la herencia de Baviera: separó á Catalina II de la alianza con Inglaterra y la persuadió á que se conservase neutral: despertó en los holandeses la rivalidad mercantil contra los ingleses, y continuó las negociaciones ya comenzadas con Hayder-Alí, jefe poderoso del Indostan, á fin de contrabalancear el influjo de Inglaterra en aquel país.



J. SERRA LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 27

TOMA DE PANZACOLA POR LOS ESPAÑOLES.